

SECCION QUINTA.

DEL ESTADO DEL MATRIMONIO.

*No es bueno que el hombre esté solo, dice el Génesis; hagámosle ayuda y compañía semejante á él.* Aun cuando la perpetuidad de la especie no exijiese el concurso de ambos sexos, no seria conducente que el hombre permaneciese solo. Mirad á estos tristes célibes, privados de familia, y consumiendo su vida sin arrimo, sin posteridad y sin afectuosos vínculos. Si vivir es amar, ellos no viven, arrastran la pesada carga de su existencia, ajenos de toda íntima felicidad; no les cabe patria ni celo del bien público; estan desterrados de la sociedad humana; y reconcentrándose en sí mismos, yacen en profundo despego; en una palabra, son para el estado cual las piedras desprendidas de la bóveda de un edificio inmenso, que aceleran su ruina.

Fácil nos fuera demostrar cuánto importa el vínculo del matrimonio á la duracion y felicidad política de las sociedades humanas, y hasta qué punto arrebatan los imperios á su ruina el celibato y el quebrantamiento del vínculo de las familias. ¿Á qué

gobierno, á qué pais pueden pertenecer aquellos hombres á quienes nada interesa en la tierra? Pudiendo el soltero vivir en completa independenciam, ¿qué autoridad alcanzarán sobre él las leyes y las costumbres? ¿Cómo puede servir á la patria el que no se enlaza con ninguna?

En efecto, la historia nos enseña que la decadencia de los imperios se atropella al par de la preponderancia del celibato. Á medida que la República romana fue desmereciendo en virtudes adustas y costumbres austeras, aumentóse constantemente el número de los solterones. En vano promulgó el senado leyes rigurosas para promover los casamientos; la relajacion pública y la dificultad de mantener la familia, á causa del aumento del lujo, contrarrestaron mas y mas los conatos de los padres de la patria. En los paises pobres y laboriosos, como en Suiza y en los Estados-Unidos, apenas se ven solteros, porque consiste la riqueza en tener hijos que cultiven la tierra, y porque puede fácilmente sustentarse la familia en aquellas tierras donde venturosamente reinan la frugalidad y la sencillez de costumbres. En las ciudades ricas, assoladas por el lujo y la ociosidad, escasean los casamientos por causas opuestas. En las mismas ciudades populosas se ha notado que los barrios mas miserables estan cuajados de niños y familias; cuando parecen casi desiertos los mas ostentosos y opulentos. Los estados comparativos de nacimientos prueban que proporcionalmente son mucho mas numerosos en los campos y aldeas que en las ciudades. Hase probado que

la poblacion de las ciudades grandes de Europa va disminuyendo cada dia, al paso que se acrecienta la del campo, como para reparar el menoscabo del vecindario que se empoza en aquellos sumideros de la especie humana.

À medida que las naciones van caminando hácia su decadencia, disminuye el número de casamientos, y aumenta en razon inversa el de célibes; de ahí es que va constantemente menguando la poblacion, al paso que se multiplica entre los pueblos que estan aun en toda la pujanza y lozanía de sus instituciones (1). Contemplad á Roma gobernada por la sabiduría de sus cónsules, á la misma Roma avasallada y envilecida bajo el férreo despotismo de sus feroces emperadores. Contemplad la Grecia en tiempo de los Aristides y Leónidas, y miradla despues toda estragada en la época del Bajo Imperio. Los estados despóticos estan cuajados de monasterios, de mendigos, de relijiosos solitarios, de hombres que se retiraron del mundo; porque todos huyen de una sociedad sobre la cual se aferran la opresora mano de la tiranía y el yugo enmudecedor del despotismo. Los millares de monasterios que cubrian gran parte de Europa, y los que aun subsisten en el dia,

(1) Los pueblos castos son robustos, esforzados y de alta estatura. Tácito, *Mor. Germ.*, cap. III; César, *Bell. gallic.*, lib. II; Mallet, *Introd. á l' Hist. de Danemark*, páj. 202, citan á este efecto varios pueblos celtas. Véase tambien Hermann Conringio, *De habit. Germ.*, cap. II; Pellontier, *Hist. des Celtes*, etc. Erales vedado á los Hebreos entregarse durante la guerra á los deleites del amor.

fueron casi todos fundados cuando iba ya agonizando el Imperio romano. Comparad la España, el Portugal, la Italia, pobladas de monjes, frailes y célibes, con otros países de Europa, tales como la Inglaterra, la Suiza, la Holanda, la Suecia, etc., donde cada dia se acrecienta la poblacion, la cual seria escesiva sino se descargase por medio de continuas emigraciones.

Los hombres propenden al yugo del himeneo en los países libres y pobres, donde reinan las buenas costumbres, y apetecen el celibato en aquellos donde las costumbres son corrompidas, y predominan el lujo y todas las superfluidades de la vida. Los desventurados se hermanan; los poderosos y estragados que se desalan tras la sensualidad incesante, miran con susto las incumbencias sagradas y austeras del padre de familias. El matrimonio apadrina las costumbres, la sociedad y sus leyes; el celibato enjendra la disolucion, quebranta la hermandad social, y se sobrepone á las leyes. Predomina el primero entre los pueblos parcos, laboriosos y poco civilizados; el segundo aumenta cuanto mas oprimen los gobiernos á los hombres, al tenor de la mengua en leyes y en moralidad, y descuellan por contraposicion el lujo y la cultura. El celibato trae necesariamente consigo el adulterio y la prostitucion, motivos harto poderosos para alejar mas y mas á los hombres de los sagrados vínculos del himeneo. El roce de ambos sexos hace perder á los hijos el respeto que deben á sus padres, y agrava el menoscabo de las costumbres hasta en la raiz de las

jeneraciones entrantes. La facilidad de los logros quebranta el cuerpo y embrutece el alma. La escasez de matrimonios yerma los paises que fueron mas poblados; los hombres no buscan ya en el vínculo conyugal mas ventajas que las de la fortuna, ó desfuegos improductivos, porque temen dar á luz los hijos que pudieran, ya sea por los gastos que acarrea su educacion, ya para evitar la molestia y los desvelos que necesariamente causan. El espíritu de galanteo que entreteje las conexiones de ambos sexos, enjendra el lujo, el afeite, el desalado anhelo de espectáculos y reuniones de hombres y mujeres. El tedio, ordinaria consecuencia de la facilidad de los logros, anda en busca de la variedad; y abito por fin de todos los placeres, aspira el hombre á deleites desordenados y criminales. (1). En ninguna

(1) Segun Ovidio, fue Orfeo autor de un vicio abominable.

Ille etiam Thracum populis fuit auctor, amorem  
In teneros transferre mares, citraque juventam  
Ætatis breve ver, et primos carpere flores.

Nadie ignora cuán antiguo es este vicio en Oriente y entre los mahometanos polígamos; hasta las mujeres emparedadas en los harenes son tambien *τρεῖς ἀδελφαι* entre sí, á pesar del rigor con que las castigan los Turcos, cuando descubren esta maña. Este abuso es harto comun entre los bravos; así es que los Chactas de la América septentrional tienen hombrecillos vestidos de mujer y muy menospreciados por las hembras. (Bossu, *Nouv. Voyag. aux Ind. Occid.*, tomo II, páj. 100.

Tambien es conocida la sodomia entre otros salvajes de América, segun Lopez de Gomara, *Hist.*, lib. II, cap. I, y lib. III, cap. XIII; Steller, *Kamtsch.*, páj. 287; Garcilaso de la Vega

parte son tan comunes los vicios desenfrenados como en aquellas donde mas abundan las mujeres, y donde mas fáciles se muestran, segun se echa de ver en los paises cálidos, ó en los imperios despóticos (1). Ya se deja conocer hasta qué punto estas mismas causas debilitan las naciones, socavan los

*Hist. de los Incas*, lib. II; Lamotraie, tomo II, cap. III; Charlevoix, *Nouv. Fr.*, lib. VI, páj. 4; Dumont, *Louisiane*, etc. Entre los Griegos y Romanos, Camerario, *Horæ subces.*, cent. II, cap. XLII.

(1) Sobre el coito con los animales, véase J. Warton, *Note on Theocrit.*, idil. I, verso 88, páj. 19: *Siculi caprarii cum capris*; et *sarracenus sanctus, cum asellis*. Baumgarten, *Peregrin. in Ægypt., Arabiam*, etc., páj. 73. De tan odioso arbitrio echan mano los Persas que adolecen de coxalja, segun Pallas, *Neuen nordischen Beyträge*, parte II, páj. 38; lo mismo las mujeres de Kamtschatka, que por motivos supersticiosos escitan á los animales, segun Steller, *Beschreibung vom Kamtschatka*, páj. 289; las mujeres de Mendes, con el cabron sagrado, véase d' Hancarville, *Recherch. sur l' origine des arts de la Grèce*, tomo I, páj. 320. Hase recomendado este medio para la curacion de la gonorrea. Véase Obsonville, *Mœurs des anim. étrang.*, páj. 173 y 247; Foresto, *Observ.*, tomo II, etc.; Oleario, lib. III.

El *Levítico* habla de la bestialidad, y la prohíbe á las Hebreas, cap. XVII, XIX y XX.

La idolatria ejiptica no prohibió el trato de las mujeres con el cabron de Mendes, segun ya llevamos dicho. Herodoto refiere, lib. II, cap. XLVI, que este acto de monstruosa supersticion fué consumado casi en su presencia y en público. Segun Plutarco, *in Gryll.*, páj. 989, A., en tiempo de Trajano y de Adriano, ofrecianse aun muchas mujeres á este animal tenido por sagrado; pero añade que este cuadrúpedo preferia su propia hembra, y daba claras muestras de abominar esta detestable union. Las mas fanáticas, segun Diodoro Siculo, se presentaban al buey Apis, desnudas y en estado de orgasmo venéreo; *Bibliot.*, lib. I.

gobiernos y enervan á los hombres ; en esta época se efectuan los grandes vaivenes políticos y las revoluciones mas asoladoras.

Los salvajes no son enamoradizos, especialmente en los climas frios (1); pero al paso que se van ci-

Estrabon cita unos versos de Pindaro , segun los cuales, parece que se realizaba verdaderamente la cópula con el cabron :

..... Mendetis ,  
Quo salax capræ maritus ,  
Humanam audet inire fæminam.

Los hombres practicaron tambien con las cabras lo que las mujeres con los machos de cabrio , á quienes consideraban como á dios Pan y principio de la vida. Por esta razon, eran venerados los cabreros como sacerdotes de Mendes , segun d' Hancarville, *Recherch.*, tomo 1, nota, páj. 321. Aun subsistia tan horrorosa supersticion en el siglo segundo de la era cristiana ; ya se dió antes de Moises, puesto que el *Levítico*, cap. xvii, vers. 7 , prohíbe sacrificar al *velus*. El pueblo hebreo adoró al cabron Pan, y las Israelitas danzaron desnudas en torno del buey Adonai. (Véase Bochar, *Hierozoic.*, páj. 643 y 842, etc.). Este horrendo fanatismo nació de la cosmogonia indiana , segun puede verse en Sonnerat, *Voyag. Ind.*, tomo 1. Muchas antiguas esculturas griegas representan estas mismas acciones obscenas. Así es que no todas las religiones han aspirado á la pureza de costumbres. Las de la India no se dirijen mas que á escitar el prurito venéreo ; y por esta causa es allí permitida la poligamia, y se tacha el celibato de criminal. Los misioneros aseguran que uno de los mayores obstáculos que se oponen á que estos pueblos abracen el cristianismo , es su invencible apego á la poligamia. El abate Richard, *Hist. du Tonquin*, asegura que los bonzos que observan el celibato son jeneralmente menospreciados, por la esterilidad á que viven voluntariamente sujetos.

(1) Los Americanos son poco propensos al coito, Hennepin, *Moeurs des Sauvages*, páj. 32 ; Ramusio, *Coleec.*, tomo 111,

vilizando los pueblos, se jeneraliza el galanteo. Hase notado tambien que las naciones mas prendadas del amor honesto son al mismo tiempo las mas robustas y belicosas. Aristóteles, que hizo esta observacion, la comprueba con los Griegos y los Galos. El amor verdadero solo se abriga en las almas nobles y jenerosas; aliméntase de esperanzas y de pesares, y espira en el regazo del deleite. La época en que este afecto enjendró los mas esplendorosos prodijos fué la de las cruzadas y de la caballería andante : fue aquella una edad de amor y de guerra, impulsos al parecer encontrados, y que sin embargo se hermanan á cada paso, como si la naturaleza se complaciese en contraponer la muerte y la vida, resarciendo con la una los estragos de la otra.

En las rejiones polares y templadas, la naturaleza no franquea mas que una sola mujer á cada hombre; pero en las ardientes, infundió la poligamia, criando mas mujeres que hombres. Ya se deja percibir el objeto de estas diferencias, en atendiendo á que los moradores del norte son mas pausados y tardíos en sus cariños, y fecundas por mas tiempo y menos abortadoras que en el mediodía sus mujeres. Fuera de esto, no deben los paises frios estar tan poblados como los climas cálidos, puesto que

páj. 309 ; Rochefort, *Antill.*, páj. 461 ; Chanvallon, *Martinica*, páj. 51 ; Correal, tomo 11, páj. 141 ; Dutertre, *Antill.*, tomo 11, páj. 337 ; Falkner, *Of Patagonia*, páj. 125 ; Venegas, *Orinoco*, tomo 1, páj. 81 ; lo que equivocadamente se atribuye á su débil constitucion. Buffon, Robertson, *América*, tomo 1, libro 1v, páj. 301 ; Pauw, *Recherches*, tomo 1, etc.

ofrecen menos alimentos á sus moradores. Las rejiones ardientes avivan á lo sumo el impulso del amor; las mujeres se esterilizan desde muy temprano, y adolecen de abortos. Por otra parte, la riqueza y la fertilidad del suelo de aquellas rejiones abastecen á muchos hombres. En los temples frios, el amor es tardío, casto, moderado y duradero, pero en los países cálidos, asoma tempranamente, se inflama con violencia, y pronto se desgasta y anonada. Un meridional, mancebillo á doce años, está ya exánime á los treinta; pero un septentrional, mozo á los veinte años, puede enjendrar pasados los setenta. Una Indiana, que puede concebir á la tierna edad de diez años, aparece ya añeja y postrada á los veinte y cinco; al paso que una Islandesa, que apenas conoce el amor á los diez y ocho años, pare todavía á los cincuenta.

Si el amor es mas anticipado, mas violento y ejecutivo en el mediodía, es por otra parte mucho menos duradero que en el norte. Por esto cargan los meridionales con varias mujeres á un tiempo, puesto que basta un solo hombre para fecundarlas en corto plazo, consumiendo en breve término todas sus facultades prolíficas. Por otra parte, las mujeres se ajan en breve entre los trópicos, y como se esterilizan, fuerza es compensar con su gran número la corta duracion de su fecundidad. Por esta misma causa se atropellan mas las jeneraciones en el mediodía que en el norte. La dejeneracion que se nota en los Indios debe atribuirse principalmente á sus enlaces tempranísimos, pues tienen la costum-

bre de casar á los mozos á los quince ó diez y siete años, y las muchachas á los trece. La juventud, la delicadeza de la tez, la hermosura de las formas y la pujanza del cuerpo acompañan á los habitantes del septentrion hasta una edad muy avanzada, porque su vida se desgasta con lentitud; al paso que se consume atropelladamente en las rejiones ecuatoriales, arrebatando consigo todos los halagos y deleites de la mocedad; así es que los meridionales parecen ya viejos, cuando todavía no han traspuesto la juventud, y jóvenes los septentrionales, cuando ya han entrado en la vejez (1).

Las Europeas que se casan en las Indias estan espuestas, como todas las mujeres de los países cálidos, á perecer de menorrajas y hemorragias uterinas (2), y abortan con frecuencia por esta misma causa. Como la actividad del útero está en parte neutralizada por el frio en las rejiones septentrionales, de ahí es que la preñez de las mujeres es allí mas feliz, y no está tan espuesta á riesgos; producen tambien con frecuencia mellizos, y sus partos

(1) Entre los bravos de la América septentrional, no son casaderas las muchachas hasta la edad de diez y ocho ú veinte años; y los hombres no se casan hasta los treinta. (B. Bush, *Medic. inquiries*, etc., Filadelfia, 1789, en 8º., tomo 1. Sin embargo, en la zona polar, son casaderas las Samojedas á la edad de diez años, y estériles ya, segun Klingstædt, á los treinta.

(2) Entre los Incas del Perú, segun Garcilaso. Véase Carli, *Lettr. amérie.*, tomo 1, páj. 142; así es que en las islas del mar del Sur está prohibido el trato con las mujeres cuando tienen el menstruo (Cook, *viaje II.*).

no les acarrear tantas enfermedades, á pesar de ser mas trabajosos, á causa del natural estreñimiento que produce el frio en las partes.

Ya llevamos dicho hasta qué punto los climas cálidos enardecen en la mujer la sensibilidad amorosa. Muéstrase esta tiránica en Patana, segun Pyrrard, tanto que los hombres se ven obligados á ponerse unos cintos que los resguarden de los atentados del otro sexo. Las mujeres frias, rubias y gruesas en demasía, conciben mas fácilmente en verano ú en la primavera (1); al paso que las mujeres lascivas, pelinegras, enjutas, nerviosas, velludas, de voz bronca, necesitan para ser fecundas el invierno ó un clima frio. Las Jatas y las Bengalesas tienen fama de salaces en extremo, y prefieren los blancos europeos á todos los Indios (2). Todas estas mujeres son ojinegras, pequeñas, velludas y picoteras, y tienen la voz muy desentonada (3).

El sumo ardor de los meridionales es menos favorable á la multiplicacion de la especie que el casto amor de los septentrionales (4). Los primeros no anhelan mas que saciar su ardiente pasion; los se-

(1) Stein, *De causis sterilitatis*, páj. 58.

(2) Fr. Pyrrard, *Voyag.*, páj. 353, y parte II, tomo II, páj. 65.

(3) Georg. Forster, *Voyage du Bengale á Pétersbourg, par terre*, Paris, 1802, en 8º, tomo I.

(4) La esperiencia ha probado que la frialdad del clima perjudica á la poblacion de los negros, quienes, por lo contrario, estan mas sanos y se multiplican mas bajo los climas en extremo ardientes, adquiriendo un negro brillante de ébano, indicio de salud, en vez de aquella tinta pardo-amarilla, que indica la

gundos solo desean satisfacer sosegadamente una necesidad: de ahí es que aquellos centuplican sus logros y se destroncan en breve tiempo, cuando estos no obedecen mas que al instinto, y hacen alto en sazon; por esta misma causa, enjendran los primeros mas hembras, y los segundos mas varones. Los pueblos pobres y castos, tales como los de los paises frios y montañosos, acuden simplemente al impulso de la naturaleza, sin traspasarlo con ningun exceso, como las naciones ya estragadas que habitan los paises cálidos. Así es que la poblacion se acrecienta constantemente entre los primeros, y va menguando entre los últimos, porque nada puede darse mas contrario á la reproduccion que el abuso del deleite. Hé aquí porque las prostitutas son por lo mas estériles, pues el sinnúmero de los actos embota su sensacion y siembra el despego en el campo de la intimidad, al paso que la castidad afila los flechazos del cariño.

Como el ardor de los climas de la zona tórrida provoca los excesos del amor y redobla sus logros mucho mas que en los paises frios, síguese de ahí que la multiplicacion de la especie humana es proporcionalmente menor en las rejiones cálidas que en las frias. Las zonas templadas y glaciales van recargándose de moradores, á causa de la esterilidad de la tierra, cuando estamos viendo que las zonas ardientes van despoblándose por grados; pero co-

mengua ó degradacion de sus fuerzas. Nichols, *Rem. sur la santé et la vie des nègres en Amerique*, tomo I, páj. 268. Con todo, esta diferencia depende de su naturaleza linfática.

mo las primeras solo pueden sustentar un número limitado de habitantes, cuando las segundas abastecen de sobra á todos sus moradores, vuélcase el equilibrio, y fuerza es ya que los pueblos del norte se disparen con mano armada sobre las rejiones meridionales. Lo mismo sucede con los serranos respecto de los habitantes de las llanuras. ¿Porqué derrama el septentrion de cuando en cuando sus abortos por las fértiles campiñas de la India meridional? La historia habla ya de once irrupciones de los pueblos septentrionales en los países del mediodía; pero hasta ahora ninguna menciona por el rumbo contrapuesto. Los Árabes y Sarracenos, que se internaron en el corazon del Asia y en África, no pudieron traspasar la parte meridional de Europa, y ni aun los mismos Romanos llegaron á sojuzgar completamente los pueblos septentrionales; antes al contrario, vemos que de las guaridas del norte se derramaron aquellos gallardos guerreros que volcaron el Imperio romano, tales como los Godos, los Hunos, los Vándalos, los Francos, los Sajones, los Normandos y los Turcos. Las rancherías mogolas han arrollado varias veces la China y el Indostan, como los Toltecas á Méjico, y la Persia los Afganeses. Del seno de las estériles montañas de Aturia salieron en lo antiguo los Caldeos y los Asirios, que invadieron el Indo hasta el Mediterráneo. Las yertas y ásperas montañas de Elimaide fueron la patria de los Persas, que Ciró capitaneó en la conquista del Asia, y los Macedones salieron de las serranías Rodopes para seguir á Alejandro el Grande á la Persia,

al Oriente, al Egipto y á la India. Los peñascos de Suiza envian sus numerosos habitantes á las naciones vecinas mas opulentas y á mas fértiles territorios. Las montañas de Saboya, de los Alpes y de la Auvernia se descargan casi todos los años de una parte de su poblacion; la Escocia, la Irlanda, Inglaterra y las diversas naciones septentrionales de Europa envian á América y á las colonias crecidos enjambres de moradores; pero nunca se ha visto á un Indio, Asiático, ó meridional, emigrar á los países del septentrion. ¿Porqué rebosan de habitantes las comarcas frias y estériles, cuando tanto escasean en las pingües rejiones meridionales? ¿Porqué se ha considerado el norte en todos tiempos como semillero del jénero humano? Ya llevamos desentrañada la causa que asoma como recóndita.

Algunos autores han intentado computar la suma total de los moradores de la tierra; sin embargo fuerza es confesar que todos sus cálculos se fundan en conjeturas harto insubsistentes. ¿No varía con frecuencia la poblacion de resultas de las escaseces ó las sobras, de la paz ó de la guerra, y con motivo de ciertas enfermedades, como la peste, las viruelas, la fiebre amarilla, el cólera-morbo, ó á causa de las revoluciones, inundaciones, terremotos? ¿Quién podrá calcular el número de los habitantes de tantos estados é imperios situados en países apenas conocidos, tales como el centro de África, la Nueva-Holanda, las dilatadas rejiones de América, del interior del Asia, etc.? Hase dicho á bulto que la tierra podia contener novecientos millones de

habitantes; atribuyéndose quinientos ochenta millones al Asia, incluso las tierras australes, la Nueva-Holanda y demás islas; y se supone que la China sola contiene la quinta parte de esta cantidad (1). El Africa, segun dicen, puede tener ochenta y tantos millones; la América con sus islas ochenta millones (2); y la Europa ciento y sesenta millones. ¡Qué mole de vivientes! ¡Qué mezcla de individuos blancos, amarillos, rojos, atezados, ó negros, ahumados ó aceitunados; grandes ó chicos; muchísimos idiotas, poquísimos instruidos; muchos bárbaros, pocos civilizados; muchos pobres, pocos holgados; muchos inicuos, pocos virtuosos; muchos desventurados, pocos felices; adorando los unos mamarrachos y serpientes, esculpiendo estos dioses de metal ó madera, tributando aquellos sus rendimientos á los astros ó á divinidades imaginarias; este adorando á Mahoma, esotro al gran Lama, y aparejado para degollar á su vecino porque no opina como él; todos fraguando leyes y costumbres; los unos titulándose dueños, y los otros complacidos con ser esclavos; todos apoltronados en sus rebaños, andando desnudos ó arreados en diversos trajes, afeándose cuando creen engalanarse; todos finalmente, así necios como cuerdos, arrastrándose por el carril de la

(1) Una noticia oficial publicada en Peking la calcula tan solo en cincuenta y cinco millones.

(2) Humboldt calcula la total poblacion del continente americano, al principio del siglo décimonono, en 25.650.000, esto es, en la vijésima tercera parte de la del antiguo mundo, cuya superficie no es quizás mas estensa que la de aquel.

costumbre, imaginándose ser los únicos dotados de razon, menospreciando á sus hermanos, andando á estocadas sin odiarse ni conocerse, empapándose todos en vanidades, considerándose como reyes del universo; y sin embargo, todos desgraciados, todos igualmente arrebatados por la muerte, para franquear desconsoladamente su sitio á otros entes tan baladíes y tan dignos de lástima como sus antecesores! (1)

Obsérvase en la vida de las naciones cierto grado de encumbramiento y de postracion, por donde todo lo humano por reflujo forzoso jira por rumbo encontrado; estos vaivenes no traspasan casi nunca los límites señalados, siendo las reacciones iguales á los empujes, á menos que abusos escesivos vuelquen y aniquilen los estados, y destrocen todos los vínculos de la sociabilidad humana. Basta, para convencerse de esta verdad, leer la historia de Roma y la de Europa desde la edad media hasta nuestros dias, segun ya lo observaron Montesquieu, Robertson y Wallace (2).

(1) Dicho se está que el Autor habla en este lugar, al par que en toda la obra, como naturalista; y escusado será repetir esta advertencia en lo sucesivo. *Nota del Traductor.*

(2) Las causas de despoblacion son, segun Wallace, la diferencia de relijiones, el desamparo de los pobres, las leyes de sucesion desigual, el derecho de primogenitura, los muchos ejércitos, las dilatadas propiedades y otras nulidades en la agricultura; la tirania de los gobiernos, el estragamiento de costumbres, el ilimitado celibato del clero, etc. *Investigaciones sobre la poblacion.* Los Romanos asolaron el mundo, segun es propio de toda potencia exorbitante, Wallace, *idem.* Así es que los esta-

El jénero humano cuenta sus épocas de despoblacion, y contempla los tremendos azotes que lo van diezmando. Prescindiendo de las pestes y de las hambres, ¿podia haber en Europa tantos habitantes como en ella se ven actualmente, despues de las sangrientas irrupciones de los pueblos septentrionales, que asaltaron el Imperio romano desde el reinado de Neron hasta el de Teodosio? Y sin tomar en cuenta las sangrientas guerras civiles que trajeron el imperio dividido entre sus ambiciosos pretendientes, y los treinta y dos emperadores degollados en el corto espacio de un siglo, cuando el imperio se vendia en pública almoneda, ¿quién ignora los espantosos estragos y trastornos que en todo el Occidente causaron los Teutones, los Sármatas, los Cuados y Marcomanos, los Francos, los Burguiñones, los Vándalos, los Godos, los Hunos, los Hérules, los Lombardos y los Alanos? Los Escitas, los Partos y los Persas saquean el Oriente; los Árabes, los Sarracenos y los Moros recorren espada en mano el África y el Asia. La China, segun su propia historia, lleva ya veinte y dos revoluciones jenerales, y la América tambien vió sus campos teñidos con la sangre de sus naturales.

dos cortos son mas propicios que los grandes á la poblacion, *idem, idem.*

La poblacion de Hungría es menguada, porque, como solo los magnates pueden poseer tierras, hay muchísimas que permanecen incultas ó adehesadas; otro tanto sucede en gran parte de España. Lo que mas contribuyó á acrecentar en Francia la poblacion, á pesar de la tormenta revolucionaria, fue la division de las grandes propiedades.

En el reinado de Justiniano, el Imperio romano vió reducida su poblacion á la mitad de la que contaba en tiempo de Augusto; y en estos mismos siglos de lobreguez naufragaron con las naciones los conocimientos humanos, condensándose las tinieblas de la barbárie que debian traer en breve plazo el pavoroso anochecimiento de la edad media.

En estas épocas aciagas de vuelco y desamparo, en que los feroces guerreros reducian á la servidumbre de la labor á los desventurados que pudieron salvarse de la mortandad, viéronse no pocos huir á los desiertos y buscar un asilo contra la opresion en el regazo de una relijion apacible y consoladora: levantáronse entonces claustros y monasterios, que bajo el tosco sayal cenobítico ofrecian seguro techo contra la tiranía y la violencia, porque ya desde entonces viéronse favorecidos por el cristianismo la vida ascética y solitaria y el desapropio de todos los enlaces sociales (1). La continencia y la castidad privaban en tanto grado entre los primeros cristianos (2), que les atribuian una especie de santidad, y viéronse muchas vírgenes arrostrar los mas atroces tormentos antes que amainar en este punto. Todo por consiguiente se dió la mano para minorar entonces el número de matrimonios. Durante los tres primeros siglos del cristianismo, aparecieron muchas sectas, tales como los docetas, los marcio-

(1) San Pablo, 1<sup>a</sup>. *Corint.*, vi, 6 y 32.

(2) Justin., *Apolog.*, lib. 1, núm. 15; Atenágoras, *Legat. pro Christian.*, núm. 3; Tertuliano, San Jerónimo, San Cipriano, San Clemente de Alejandria.

nitias, los encratitas, los maniquéos, etc., que reprobaban el matrimonio, y consideraban la procreacion como un crimen (1); en términos que los orijenistas se cercenaban los órganos de la jeneracion: todos estos hechos demuestran hasta qué punto debió yermarse el mundo civilizado en esta parte del globo, durante los primeros siglos de nuestra era.

## ARTICULO PRIMERO.

DE LA FECUNDIDAD Y DEL NUMERO RELATIVO DE INDIVIDUOS  
EN CADA SEXO.

Fáltanos ahora considerar las relaciones del sexo femenino con el masculino en estado de matrimonio, tanto en la monogamia como en la poligamia y poliandria.

Parece á primera vista que el estado mas natural al hombre es la monogamia: en efecto, el número casi igual de los sexos, especialmente en nuestros climas, la paz interna, la felicidad social que de ella dimana, el auxilio mútuo tan preciso para la educacion de los hijos, el ejemplo mismo de los monos y otros animales semejantes, que no tienen mas que una sola hembra á la vez, y el de muchos hombres, que en diversos países se contentan con una sola mujer, cuando pudieran tener muchas; todo denota

(1) Beausobre, *Hist. du manichéisme*, lib. II, cap. VI, párrafo 2 y 7.

que el hombre y la mujer deben acudir en número igual á la constitucion de la familia.

Es verdad que por el solo derecho natural, y prescindiendo de las leyes sociales, pretenden algunos jurisconsultos (1) no ser ilícita y criminal á los ojos de la naturaleza el trastrueque de los sexos. La comunidad de las mujeres prevaleció y subsiste todavía en muchos países (2); en el dia, los Chinguleses, cuyas costumbres son muy depravadas, se muestran muy desviados de sus mujeres, y estas venden sus hijas á los extranjeros sin el menor miramiento (3). Entre los Ictiófagos, los Hilófagos, los Nómades, etc., segun Diodoro Sículo (4); los Garamantos, segun Plinio (5); los Trogloditas, segun Agatárcides y Pomponio Mela (6); los Agatirses, segun Herodoto (7); los Sabeos y Masajetas, segun Estrabon (8); los antiguos Ingleses, segun César (9) y Xifilino (10); y por último, en Calecut, segun Pietro della Valle (11), era comun el sexo. Platon, que intentaba

(1) Tomasio, *Jurisprud. divina*, lib. III, cap. II.

(2) En lo antiguo, entre los Taprobanios ó habitantes de Ceilan, segun Diodoro Sículo, lib. II, cap. LVIII.

(3) Percival, *Voyage à Ceilan*; y John Davy, *account*, etc.

(4) *Bibliot.*, lib. III, cap. XV, XXIV y XXXII.

(5) *Hist. nat.*, lib. V, cap. VIII.

(6) *De situ orb.*, lib. I, cap. VIII.

(7) *Melpom.*, páj. 161.

(8) *Geogr.*, lib. XVI.

(9) *Bell. Gall.*, lib. V, cap. XIV.

(10) *In Nerva et Severo*.

(11) *Parte III, epist. 7*, y Ludov. Roman., *Navegacion*, lib. V, cap. VIII.